

EL CALMÉCAC COMO FORJADOR DE IDEÓLOGOS

Lina Zythella Ortega Ojeda. Egresada de la carrera de Sociología de la ENEP Acatlán. Maestra en Dirección Empresarial en la Universidad del Tepeyac. Participó en la elaboración del *Atlas de la Ciudad de México*, en 1987. Ha trabajado sobre *El Mito como elemento integrador entre la cultura empresarial y la cultura real*. A partir de 2005 fungió como Corresponsable del Subproyecto 20 “Historiografía Crítica del México Novohispano” y como representante del grupo de Estudios Multidisciplinarios de la obra de fray Bernardino de Sahagún. Coordinó la publicación colectiva de dicho subproyecto .

De la obra de fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España* se aborda el tema de la educación por la importancia que reviste en la continuidad de la vida de los mexicas. En esta ocasión nos abocaremos al tema del *Calmécac* como forjador de ideólogos, por ser la institución encargada de guardar los recuerdos y legados del pasado, para hacerlos valer en el futuro mediante la educación de la élite indígena.

La victoria obtenida por los mexicas sobre los tepanecas de Azcapotzalco, marca un parteaguas en la historia de los mexicas, pues de ser un pueblo pobre, sin rostro, humillado y rechazado por las demás comunidades, se erige como un pueblo triunfador cuyo poder y grandeza se extendería hasta los confines del Valle de Anáhuac a finales de siglo XV y principios del XVI.

Izcoátl, rey mexica por aquel entonces, junto con su consejero Tlacaélel, deciden reformar la vida de su pueblo en los órdenes político, religioso, histórico y social. Como primera medida decidieron destruir la antigua versión de la historia de los mexicas; se dispusieron a delinear un proyecto político en el que se exaltara la preeminencia del pueblo mexicano por sobre todos los demás. En la renovada historia, uno de los puntos centrales fue poner en un primer plano a su Dios Huitzilopochtli y construirle un gran palacio para resaltar su valor.

Paralelamente se dieron a la tarea de crear un movimiento revolucionario espiritual que rompiera con el letargo en que habían vivido durante sus años de peregrinaje y sometimiento a otros pueblos, a fin de alcanzar la elevación espiritual que anhelaban, dentro de una corriente de pensamiento que subrayara la unidad del pueblo con la divinidad, reforzando la más antigua tradición religiosa pero con un nuevo enfoque en el que se presentaban como los elegidos de Dios para crear un imperio mesoamericano.

La unidad del pueblo con la divinidad tenía una base cósmica pues eran responsables de la conformación del universo. Declararon a Tenochtitlán como heredera de la gran cultura tolteca, fuente del desarrollo cultural de la humanidad. Para darle solidez a su planteamiento, interpretaron a su conveniencia la leyenda del Quinto Sol, y para evitar la muerte del Sol, lo identificaron con el dios Huitzilopochtli y plantearon lo siguiente:

“El Sol Huitzilopochtli podría ser fortalecido si se le proporcionaba la energía vital que está encerrada en el líquido precioso que mantiene vivos a los hombres. Ese líquido precioso, el chalchihuatl, era la sangre. Elevando el número de sacrificios de hombres, cuyo corazón y sangre se ofrecieron al Sol-Huitzilopochtli, se lograría alimentar su vida indefinidamente”.¹

Esto plantea la gran misión que les fue otorgada por los dioses: alimentar al Sol con la sangre de los prisioneros para que adquiriera la fuerza necesaria para triunfar en la lucha que sostenía contra los poderes tenebrosos de la noche. De ello dependía que el universo siguiera existiendo.

A partir de esta visión místico-guerrera, se da sentido a la vida de los mexicas y les sirve de justificación para extender hasta los confines del mundo la gloria del Sol-Huitzilopochtli. Con ello se politiza la historia y el

¹ Miguel León Portilla. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 94.

Estado monopoliza su reescritura con la finalidad de crear una conciencia histórica sobre el papel que juega el pueblo mexicana en la continuidad del mundo, por lo que se han de erigir como los máximos representantes de Dios en la tierra.

Aunado a lo anterior, se establece el ideal del hombre y de la mujer nahuas, los cuales deberán de ser “dueños de un rostro y de un corazón”, *in ixtli, in yollotl*, conformando así la fisonomía moral y el principio dinámico del ser humano.

Delineados los principios que fundamentan la conciencia histórica, se crearon las bases que edificaron el movimiento ideológico y cultural por el advenimiento de la hegemonía mexicana, y el Estado procede a implantarla en cada uno de los miembros de la sociedad, sin importar su condición social.

Con el objeto de lograr una más rápida aceptación de los conceptos y sistemas, cuyo establecimiento se proyectaba, Tlacaélel consideró conveniente tratar de borrar de la memoria colectiva de la población aquellos conocimientos del pasado que entorpecieran las ideas que intentaba poner en vigor. En este contexto, la educación se convirtió en la aliada perfecta para llevar a cabo la tarea de difundir la nueva ideología a la comunidad y asegurar la formación de hombres útiles para el funcionamiento del sistema, mediante la participación activa en la creación de la supremacía de su pueblo.

Al mismo tiempo, la educación se convierte en un instrumento vital que ha de fijar en la memoria y en el espíritu de los mexicanos las doctrinas, normas y tradiciones; que les eran reiteradas en las pláticas y discursos dirigidos a niños y jóvenes por los padres y maestros, con un doble fin: capacitarlos e incorporarlos eficazmente a la vida de la comunidad.

En esta ocasión nos referirnos a la educación formal y aquí plantearemos la pregunta sobre la manera en que el *Calmécac* forja a los ideólogos encargados de difundir la versión oficial de la historia del mexicana

para asegurar la hegemonía del pueblo en torno al proyecto político-económico-social y religioso encaminado a construir la grandeza de la cultura mexicana.

Para adentrarnos en el tema, seguiremos el planteamiento de León Portilla en torno al concepto de la educación que tenían los mexicas. Cito: “la clave de la educación en los mexicas se encuentra en la concepción náhuatl de la persona como “rostro y corazón”, pues como se mencionó anteriormente, este es uno de los fundamentos de la nueva ideología creada por el Estado. En la educación formal, se planteaba como uno de los objetivos, formar al hombre maduro, lo cual se puede apreciar en un texto recogido por Sahagún:

El hombre maduro:
corazón firme como la piedra,
corazón resistente como el tronco de un árbol;
rostro sabio,
dueño de un rostro y un corazón,
hábil comprensivo.”²

En la educación mexica se ponía especial atención a la educación moral, así como a la fortaleza y el control de sí mismo, que por la vía de las pláticas reiterativas se inculcaba a los jóvenes los patrones de pensamiento y de conducta que de ellos se esperaba.

En este contexto se entiende por educar, el acto de hacer poseer a los hombres la gran herencia de sus antepasados, formar su mentalidad hacia la comprensión de los valores culturales, cívicos, éticos, religiosos, políticos, etc., y el sentido de la tradición; además enseñarlos a apreciarlos y utilizarlos a fin de llevarlos a la madurez sensible e intelectual.

Con esta concepción, la educación irá forjando la conciencia colectiva traduciéndola en formas colectivas de pensar que se concretan en un cierto número de ideas, creencias, actitudes y sentimientos que lleven a

² Miguel León-Portilla, 1987, *op. cit.*, p. 193.

formas colectivas de actuar, y que al mismo tiempo se conviertan en hábitos, costumbres y prácticas.

Así encontramos que el objeto de la enseñanza náhuatl era el “cómo vivir, cómo han de obedecer a las personas... cómo han de entregarse a lo conveniente, lo recto (criterio náhuatl de la moral), pasa a formularse expresamente aquello que era la inspiración y el meollo de lo que se impartía a los estudiantes: “todos allí recibían con insistencia, la acción que da sabiduría a los rostro ajenos la *ixtlamachiliztli náhuatl*.”³

Esta interacción entre los elementos culturales y las conductas sociales, en la medida en que es difundida y vivida, se convierte en el inconsciente colectivo que estipula las formas de razonamiento, los parámetros que sirven para evaluar la propia conducta y la de los demás, así como los elementos a considerar en una primera instancia en la toma de decisiones, conforme a la tendencia a la homogeneización de las creencias y valores, en las que destaca la supremacía de la comunidad. Con ello se forma la cohesión social que expresa materialmente la presencia de la realidad social como externa e impositiva respecto al interés individual.

“La escuela encarna las tradiciones colectivas e intenciones humanas que, a su vez, son el producto de ideologías sociales y económicas identificables. En la escuela era donde los niños y los jóvenes eran inducidos a adquirir el conocimiento que les permitía desempeñar en su presente y en un futuro adulto los papeles sociales que les atribuían los grupos dirigentes”.⁴

La educación como transmisora de la tradición infunde en el hombre el amor a la comunidad al trasladarle los valores alcanzados por las generaciones precursoras, con ello se asegura la persistencia temporal de lo comunidad.

³ Miguel León-Portilla, *TOLTECAYOTL. Los aspectos de la cultura náhuatl*. México, FCE, 1980, p. 196.

⁴ Alfredo López Austin. *La educación de los antiguos nahuas*. México, El Caballito, 1985, t. I, p. 26.

Para los nahuas era muy importante el momento en que los niños ingresaban a cualquiera de las escuelas, pues implicaba la incorporación plena del niño o del joven a los moldes de vida y cultura de la comunidad y, con ello, se buscaba el desarrollo integral del individuo a la sociedad a la que pertenecía como un ser productivo y eficiente. Por ello, los padres prometían a los niños a las escuelas, como se puede apreciar en la siguiente cita de Sahagún:

Después de que el niño se iba criando, los padres que tenían deseo de que viviesen, para que su vida conservase, prometíanlo al templo donde se servían los dioses; y esto a la voluntad de los padres o lo prometían de meter en las casas que se llamaba calmécac, o en la casa que se llamaba telpochcalli.⁵

León-Portilla nos dice que: “Era en los *Calmécac* y en los *Telpochcalli* donde en forma activa y directa se echaban los cimientos de la vida moral y jurídica entre los nahuas. Así encontramos en las palabras citadas por Sahagún, la afirmación de que “allí los enseñaban como habían de acatar y obedecer a la república y a los regidores de allá”, inculcándose en los educandos desde temprana edad el respeto a los ordenamientos jurídicos, como algo que debe ser obedecido. Y en el plano de la moral, afirma Sahagún que “se ponía gran diligencia en que no bebiesen octli (pulque) la gente que era de cincuentas años abajo”, buscándose siempre que “los vicios e inclinaciones carnales no tuvieran señorío en ellos”. La forma como los graban esto era por demás sabia y fruto de un auténtico conocimiento de la naturaleza humana. “La filosofía moral enseñó por experiencia a estos naturales que para vivir moral y virtuosamente era necesario el rigor, austeridad y ocupaciones continuas en cosas provechosas a la república”. Tal forma de vida en la que eran adiestrados por varios años los jóvenes nahuas hasta salir ya para casarse, dejaba en

⁵ *Apud* José María Kobayashi, *La educación en la historia de México*, México, Colegio de México, p. 14.

ellos esa honda formación tan plásticamente descrita como la adquisición de “un corazón robusto y firme como la piedra”.⁶

Concentrándonos en el término *calmécac*, según los expertos, está compuesto de calli, que es “casa”, y mécatl, que significa “cordel”. Lo que se traduce como “hilera de casas” que estaban situadas dentro o al lado de los templos. Se dice que eran siete los *Calmécac* que había en Tenochtitlán: Tlillan, México, Huitznáhuac, Tetelman, Tlamatzinco, Yopico y Tzonmolco.

El *Calmécac* era una casa de educación que estaba bajo la protección del dios Quetzalcóatl, que es por excelencia el dios representativo de la respetable cultura tradicional de Tula, que en el pensamiento de los mexicas los nombres de Quetzalcóatl y Tula constituían la quintaesencia de lo sagrado y lo venerable y su orgullo nacional consistía en sentirse los herederos de la misma tradición tolteca recibida a través de Culhuacan, lugar en donde se había guardado la mayor parte de la cultura tolteca.

Sahagún en el tomo I de la *Historia General* señala que allí:

estaba la estatua de Quetzalcóatl” (quien) era para los pueblos nahuas el dios origen de la cultura: él había creado al hombre con su propia penitencia y sacrificio; él había descubierto el maíz para el sustento del hombre, y también el algodón, la calabaza y otras plantas provechosas e incluso el arte de cultivarlos; él mismo había sido labrador excelente y en sus campos de cultivo las planta crecían y daban fruto en formas milagrosas; había descubierto las piedras y los metales preciosos y el arte de trabajarlos; había descubierto igualmente el arte de criar las aves y el de trabajar las plumas preciosas; había enseñado a su gente como había de hacer la penitencia y el sacrificio.⁷

Por tanto, se le consideraba como el dios civilizador y origen mismo de todo bien. Como consecuencia el *Calmécac* funcionaba como centro de

⁶ Miguel León-Portilla, 1987, *op. cit.*, pp. 222-223.

⁷ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin 3^a ed., México, Cien de México-CONACULTA, 200, t. I pp. 278-279.

cultura donde se guardaba la herencia cultural de generaciones precursoras y se transmitía dicha herencia a las generaciones jóvenes.

El factor distintivo del *Calmécac* es ser el centro educativo abocado a la formación de los futuros dirigentes e ideólogos del pueblo mexicana; lleva a cabo su cometido de manera activa y directa para echar los cimientos de la vida moral y jurídica entre los nahuas.

La educación en el *Calmécac* tenía por objeto las tres finalidades siguientes: en primer lugar, era donde “se crían los que rigen, señores y senadores y gente noble, que tienen cargo de los pueblos; de allí salen los que poseen ahora los estrados y sillas de la república”; en segundo lugar, también era el plantel en el que se formaban “los que están en los oficios militares, que tienen poder de matar y derramar sangre”; y en tercer lugar, era el centro de formación de donde salían “los ministros de los ídolos”⁸.

En el *Calmécac* se transmitían los valores culturales mediante los cantos, las historias del pueblo y en el manejo de los libros sagrados que guardaban la tradición cultural, para cada uno de sus educandos; la autoridad tenía por bien someterlos a una forma de vida en la que la abstinencia y la dureza eran la regla. El *Calmécac* era para sus alumnos “casa de lloro y tristeza”; era donde cada uno de ellos había de ser “humillado y menospreciado y abatido”. Era una casa de disciplinas en la que los jóvenes tenían que vivir, bajo una estricta vigilancia de los celosos sacerdotes “en limpieza y humildad y en castidad”. Les esperaba una vida reglamentada por preceptos muy rigurosos, cuya fiel observancia se les exigía a todos por igual sin hacer distinción de procedencia. Hasta los “hijos legítimos del rey andaban con solamente unos pañetes de algodón que cubrían las desvergüenzas y unas mantas ásperas de henequén sin diferenciar de los demás hijos de los señores o hidalgos o plebeyos”, y “comían dos veces al día...más de que los sacerdotes les arrojaban a cada uno una tortilla o dos, como les parecía que habían menester, sin

⁸ *Apud* por José María Kobayashi, *La Educación como conquista*. México, Colegio de México p. 61.

comedimiento ni crianza, aunque fuera único sucesor y heredero del reino, sino como quien arroja pan a los perros”.⁹

Esta particularidad del *Calmécac* aseguró la incorporación de los moldes de vida y cultura que los alumnos habrían de observar en el futuro, conforme los futuros lugares asignados en la dirigencia política y religiosa de la comunidad para asegurarse la hegemonía del sistema.

La vida en el *Calmécac* estaba organizada en torno a dos aspectos: el disciplinario y el educativo propiamente dicho. En el primero, se puede señalar a su vez dos tipos distintos: el adiestramiento físico y la disciplina de carácter religioso.¹⁰

En lo que se refiere al adiestramiento físico, en el *Calmécac*, desde recién llegados, estaban obligados a levantarse muy de madrugada y a coger la escoba para dedicarse a limpiar el templo. Y, a medida que iban creciendo, se les mandaba a la montaña a recoger y traer puntas de maguey destinadas al autosacrificio ritual, ramas de árbol para adornar los altares del templo, leñas para el fogón del templo que nunca se apagaba. Se les movilizaba incluso, a concepto de tributo, para las obras públicas tales como la construcción y reparación de zanjas y acequias, la producción de adobes, las faenas agrícolas en los maizales pertenecientes al templo.¹¹

La disciplina religiosa consistía en que los educandos iban de noche, por separado, a la montaña a incensar al dios y a enterrar las puntas de maguey usadas en el autosacrificio ritual; asimismo en levantarse a media noche a bañarse con agua fría, sin importar el frío que hiciera además debían rezar a los dioses y guardar ayuno durante los numerosos días de precepto y, por último, velar el fuego del templo.

Todo este sistema de adiestramiento estaba encauzado a que los alumnos lograran un completo dominio de sí mismos, lo que resultaba

⁹ Miguel León-Portilla *La Filosofía náhuatl*, p. 222-223.

¹⁰ José María Kobayashi, *La educación en la historia de México*, p. 16.

¹¹ Bernardino de Sahagún, t. I, p. 305.

muy eficiente y cumplía a la perfección con el ideal propuesto. Gracias a esto del plantel del *Calmécac* salían hombres graves que difícilmente se alteraban ante las vicisitudes de la vida.

La descripción que hacen los cronistas de la vida en el *Calmécac* nos habla de un régimen de vida de ascetismo poco conocido. Su finalidad era la de endurecer el cuerpo de los alumnos contra el frío y el calor y acostumbrarlos a una vida de abstinencia total, sufriendo hambre, sed y sueño. Todo esto era de máxima exigencia para la vida de los mexicas que económicamente vivían de buena parte de los tributos que les pagaban los pueblos sojuzgados a su dominación militar. Se les dejaba a los jóvenes muy poco tiempo de sueño, y ninguno para diversión y ocio. Además, los muchachos estaban bajo constante y celosa vigilancia de los sacerdotes maestros que no les perdonaban ningún descuido ni desobediencia a la disciplina del *Calmécac*. Cualquier quebrantamiento de las reglas de la vida del *Calmécac* daba ocasión a unos castigos sumamente severos y duros. Falta de respeto a sus mayores, no levantarse a la hora de penitencia de medianoche, comer a escondidas, eran motivo suficiente para que los sacerdotes-maestros les azotasen con ortigas, les punzasen con espinas de maguey hasta que les salía sangre y les colgasen de los pies para hacerles respirar humo de chile quemado. La borrachera, un acto muy aborrecido por los mexicas, y el amancebamiento eran motivos para dar muerte de garrote o quemar vivos a los que en tal incurriesen.¹²

La serie de actos que se describen anteriormente, muestran una inflexible rigidez que, iba precisamente dirigida a dar reciedumbre al aspecto dinámico de la personalidad: al corazón. Por medio de esta serie de actos y penitencias disciplinarios, se forjaba el “querer humano”, capaz de controlarse a sí mismo. Parece, pues, que lo que buscaba con la educación en los *Calmécac* era perfeccionar la personalidad de sus discípulos en sus

¹² José María Kobayashi, *La Educación como conquista*, p. 62.

dos aspectos fundamentales: dando sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones.

Adentrándonos en el aspecto educativo propiamente dicho, el *Calmécac* se enfoca a la formación de personas hábiles y competentes en el buen ejercicio de los a cargos de más alta responsabilidad de la sociedad en las áreas gobierno, milicia y sacerdocio.

En el México antiguo no había una clara diferencia entre las ramas gubernamental, militar y eclesiástica, por consiguiente, a cada funcionario se le exigía tener los conocimientos necesarios para desempeñar cualquier papel. Así se tiene, por ejemplo, que cuando iban a la guerra el sumo sacerdote asistía cargando las estatuas de sus dioses. Otras veces, algunos guerreros hacían de sacerdotes en ciertos ayunos. El personaje que representa el prototipo de la concentración de las habilidades desarrolladas en el *Calmécac* es el tlatoani.

El programa educativo comprendía tres asignaturas fundamentalmente, la primera era el arte del buen hablar, la retórica. Es necesario recordar que los huehuetlatolli como la manifestación concreta de la retórica desempeñaban un papel muy importante en la vida política y social de los mexicas. Al mismo tiempo, era una disciplina de larga tradición entre los pueblos de la región. Entre los requisitos que se pedían para la dignidad de tlatoani figuraba el saber bien hablar. Además cualquier acontecimiento o estado de cierta importancia –bodas, preñez, nacimiento del niño, muerte- se celebraba con prolijas y ampulosas pláticas. El arte del buen hablar consistía en construir discursos llenos de alegorías y metáforas entretejidas con expresiones que explicitaran el profundo sentido de la filosofía náhuatl.

“Entre los mexicas, es de suponer que las palabras humanas tenían una implicación trascendental y las llamaban tesoros guardados como piedras preciosas en el arca del corazón y de las entrañas del que las profería”, y “... tenían los mexicanos grande curiosidad en que los muchachos tomasen de memoria los dichos parlamentos y

composiciones... especialmente las oraciones famosas, hacían a los muchachos que se imponían para ser retóricos y usar oficio de oradores, que las tomaran palabra por palabra”. Desde luego el arte del buen hablar requería una disciplina especial y esmerada, y para tal efecto “tenían escuelas y como colegios o seminarios, adonde los ancianos enseñaban a los mozos”. Estos ancianos eran los *tlamatinime*, “sabios maestros”.¹³

Según Pomar, en el *Calmécac* “pasaban el día en enseñarlos en bien hablar, a bien gobernar, a oír de justicia, y en pelear de rodela y macana y con lanza con pedernal a manera de pica... Y esto hacían los que ya tenían edad para ello. Otros se iban a la casa de canto y baile a aprender a cantar y bailar. Otros al juego de la pelota...” A lo cual, agrega Sahagún diciendo que: “... les enseñaban todos los versos de canto, que se llamaban divinos cantos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres; y más les enseñaban la astrología indiana y las interpretaciones de los sueños y la cuenta de los años”¹⁴. En estas citas de los dos cronistas, vemos claramente lo que constituía el programa educativo del *Calmécac*, que abarca cuanto era necesario para la formación del hombre polifacético que hemos apuntado anteriormente. No es de extrañar que la cultura mexicana haya llegado a alcanzar tal grado de refinamiento, ya que en la vida política y social se necesitaba un lenguaje especial, el cultivado, *tecpillatolli*.

La segunda materia de enseñanza era el arte de buen gobernar y la administración de justicia, según Sahagún todos los dignatarios salían del *Calmécac*. Si bien las fuentes no señalan claramente en qué consistía este arte del buen gobernar, se pueden deducir a través de las consideraciones que se le dirigían al tlatoani recién elegido en las cuales se les aconsejaba en resumidas cuentas, lo siguiente:

¹³ José María Kobayashi. *La Educación como conquista*, p. 64.

¹⁴ *Ibid.*, p. 63.

1. Tener conciencia de ser imagen y representante de la divinidad, y por consiguiente, depositario del poder de administrar la justicia.
2. No abusar del poder ejecutivo de la justicia y gobernar con templanza.
3. Ser generosos en repartir la riqueza entre sus subalternos.
4. No faltar al deber de atender al areito y el baile, que era para exhortar el ánimo de los soldados.
5. Hacerse digno de su nuevo ser, comportarse con gravedad y tomar corazón de viejo.
6. Abstenerse de los placeres corporales, la borrachera y otros deleites y vicios, y no malgastar la riqueza y los tributos del pueblo.
7. No ensoberbecerse por la dignidad, que no era suya, sino de la divinidad.¹⁵

La tercera materia de enseñanza era la milicia. En la educación del *Calmécac* el adiestramiento militar, porque empezando por el tlatoani, los dignatarios mexicas tenían que ser hombres valientes y avanzados en el arte militar. Y ocupaban el Estado Mayor los educados en el *Calmécac*. Por ejemplo, para ser jueces de tribunal se requería que fuesen hombres experimentados en las conquistas y entendidos en el arte de guerrear, y que los sacerdotes tomaban parte en las expediciones militares con sus dioses auestas. Los educados en el *Calmécac* empezaban a ejercitarse en el arte militar a los quince años de edad –es lo que se da a entender en el *Códice mendocino*– y a los veinte iban al campo de batalla junto con los veteranos.¹⁶

Si bien el canto y el baile eran una práctica común a todos los miembros de la sociedad mexicana, en el *Calmécac* se ponía especial atención a su carácter militar en tanto exhortaba el ánimo y la moral de los guerreros. Así como a sus implicaciones religiosas. Al respecto Sahagún escribe: Tened cuidado del areito y del atabal y de las sonajas y de cantar; con esto despertaréis a la gente popular y daréis placer a nuestro señor dios, que está en todo lugar; con esto solicitaréis para que os haga

¹⁵ Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. 2, p. 489-492.

¹⁶ *Idem.*

mercedes... porque el ejercicio de tañer y cantar solicita a nuestro señor para que haga mercedes”¹⁷.

La educación como transmisora de la tradición infunde en el hombre el amor a la comunidad al transmitirle los valores alcanzados por las generaciones precursoras; con ello se asegura la persistencia temporal de la comunidad.

De lo anterior se desprende el arduo camino que siguieron los dirigentes mexicas para la formación del rostro y corazón, dignos de ser los depositarios de las altas manifestaciones culturales para hacerlas llegar al pueblo a través de su palabra y sus actos para construir la hegemonía que llevaría a la grandeza mexicana.

¹⁷ *Idem.*